

La confesión de Pedro

Dr. Justo L. González



El Discípulo 3.2 (11 de 13)

Mateo 16.13-27

14 de febrero de 2010

TEXTO ÁUREO

«Respondiendo Simón Pedro, dijo: —Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». — Mateo 16.16

CRISTO: EL CUMPLIMIENTO

La confesión de Pedro

RVR

VP

Mateo 16.13-27

¹³ Al llegar Jesús a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos, diciendo: —¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos dijeron: —Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías o alguno de los profetas.

¹⁵ Él les preguntó: —Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

¹⁶ Respondiendo Simón Pedro, dijo: —Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente.

¹⁷ Entonces le respondió Jesús: —Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

¹⁸ Y yo también te digo que tú

Mateo 16.13-27

¹³ Cuando Jesús llegó a la región de Cesarea de Filipo, preguntó a sus discípulos: —¿Quién dice la gente que es el Hijo del hombre?

¹⁴ Ellos contestaron: —Algunos dicen que Juan el Bautista; otros dicen que Elías y otros dicen que Jeremías o algún otro profeta.

¹⁵ —Y ustedes, ¿quién dicen que soy? —les preguntó.

¹⁶ Simón Pedro le respondió: —Tú eres el Mesías, el Hijo del Dios viviente.

¹⁷ Entonces Jesús le dijo: —Dichoso tú, Simón, hijo de Jonás, porque esto no lo conociste por medios humanos, sino porque te lo reveló mi Padre que está en el cielo.

eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi iglesia, y las puertas del Hades no la dominarán.

19 Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos: todo lo que ates en la tierra será atado en los cielos, y todo lo que desates en la tierra será desatado en los cielos.

20 Entonces mandó a sus discípulos que a nadie dijeran que él era Jesús, el Cristo.

21 Desde entonces comenzó Jesús a declarar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén y padecer mucho a manos de los ancianos, de los principales sacerdotes y de los escribas, y ser muerto, y resucitar al tercer día.

22 Entonces Pedro, tomándolo aparte, comenzó a reconvenirlo, diciendo: —Señor, ten compasión de ti mismo. ¡En ninguna manera esto te acontezca!

23 Pero él, volviéndose, dijo a Pedro: —¡Quítate de delante de mí, Satanás! Me eres tropiezo, porque no pones la mira en las cosas de Dios, sino en las de los hombres.

24 Entonces Jesús dijo a sus discípulos: —Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame, 25 porque todo el que quiera salvar su vida, la perderá; y todo el que pierda su vida por causa de mí, la hallará.

26 ¿De qué le servirá al hombre ganar todo el mundo, si pierde su alma? ¿O qué dará el hombre a cambio de su alma?,

27 porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre,

18 Y yo te digo que tú eres Pedro, y sobre esta piedra voy a construir mi iglesia y ni siquiera el poder de la muerte podrá vencerla.

19 Te daré las llaves del reino de los cielos; lo que tú ates aquí en la tierra, también quedará atado en el cielo, y lo que tú desates aquí en la tierra, también quedará desatado en el cielo.

20 Luego Jesús ordenó a sus discípulos que no dijeran a nadie que él era el Mesías.

21 A partir de entonces Jesús comenzó a explicar a sus discípulos que él tendría que ir a Jerusalén, y que los ancianos, los jefes de los sacerdotes y los maestros de la ley lo harían sufrir mucho. Les dijo que lo iban a matar, pero que al tercer día resucitaría.

22 Entonces Pedro lo llevó aparte y comenzó a reprenderlo, diciendo: —¡Dios no lo quiera, Señor! ¡Esto no te puede pasar!

23 Pero Jesús se volvió y le dijo a Pedro: —¡Apártate de mí, Satanás, pues eres un tropiezo para mí! Tú no ves las cosas como las ve Dios, sino como las ven los hombres.

24 Luego Jesús dijo a sus discípulos: —Si alguno quiere ser discípulo mío, olvídese de sí mismo, cargue con su cruz y sígame.

25 Porque el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda la vida por causa mía, la encontrará.

26 ¿De qué le sirve al hombre ganar el mundo entero, si pierde la vida? ¿O cuánto podrá pagar

con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.

el hombre por su vida?
27 en la gloria de su Padre, con sus ángeles, y entonces pagará a cada uno conforme a sus obras.

Introducción

El pasaje tiene dos partes que frecuentemente se leen separadamente. La primera es muy conocida, pues sobre este pasaje ha habido debates entre católicos y protestantes por siglos. Es sobre él que la Iglesia Católica fundamenta sus argumentos a favor de la autoridad pontificia, y los evangélicos nos hemos concentrado tanto en ese debate, que a veces se nos hace difícil escuchar el mensaje del texto para nuestra vida cotidiana. En la lección de hoy, aunque no podemos evitar decir algo sobre el tema de la autoridad de Pedro y sobre la de sus presuntos sucesores, el tema será otro.

Ese otro tema es el de la identidad. Es un tema que surge a la superficie cuando leemos la primera parte del pasaje con la segunda. Esta segunda parte es la narración en la que Jesús les anuncia sus sufrimientos a sus discípulos y Pedro trata de disuadirle del camino que tiene por delante. A esto sigue el bien conocido texto sobre negarse a sí mismo, tomar la cruz y seguir a Jesús.

Al estudiar el texto impreso, primero veremos que lo que se debate es la identidad de Jesús. Luego veremos que cuando reconocemos y confesamos a Jesús como quien Él verdaderamente es, eso mismo cambia nuestra identidad. Por último, veremos que esa identidad requiere de nosotros nuevas actitudes, y sobre todo nuevas metas y valores.

Todo esto nos llevará a la cuestión de los valores que guían nuestra vida—de qué es lo que consideramos «triunfar en la vida». Trataremos sobre cómo en nuestra sociedad se promulgan y promueven falsos valores, y se nos invita a pensar que el propósito de la vida está en alcanzar esos valores—valores tales como la fama, la riqueza, la popularidad, el poder, etc.

Análisis de la Escritura

Mateo 16.13-27

La primera parte del texto impreso se conoce como «la confesión de Pedro», y muchos eruditos bíblicos señalan que éste es un punto culminante en la narración de los tres primeros evangelios. El tema es la identidad de Jesús. Interesantemente, Jesús y sus discípulos se encuentran en la región de Cesarea, territorio no judío donde la mayo-

PROPÓSITO

El propósito de la lección de hoy es hacernos ver. Primero, que el reconocer, aceptar y confesar a Jesús como nuestro Señor y Salvador es obra del Espíritu Santo. Segundo, que tal confesión nos hace nuevas personas—nos da una nueva identidad. Tercero, que vivir de acuerdo a esas nuevas personas que somos requiere mucho más que un ligero ajuste en nuestras vidas y actitudes. Lo que se requiere es un cambio radical en los valores y metas que guían nuestras vidas.

ría de los habitantes eran paganos. Es allí que Jesús les pregunta a sus discípulos qué se dice de Él. En esa pregunta, las palabras «el Hijo del hombre» han de entenderse como una referencia de Jesús a sí mismo, pues a través de todo el Evangelio aparecen casos en los que Jesús se aplica ese título. (No se trata, como podríamos pensar, de una afirmación de su humanidad, sino más bien de su particularidad y misión especial, pues el título «Hijo del hombre» se usaba particularmente en el contexto de la esperanza de los últimos tiempos.) En todo caso, puesto que Jesús usa ese título para referirse a sí mismo, podemos entender su pregunta como, ¿Quién dicen que soy yo?

A esto los discípulos responden con una serie de posibilidades. Lo que todas ellas tienen en común es que son extraordinarias. Juan el Bautista había sido decapitado poco antes. Elías había vivido siglos antes, y el pueblo de Israel esperaba su retorno. Lo mismo acerca de varios de los principales profetas. Luego, al parecer la voz que se corría era que Jesús era uno de los líderes de Israel ya muerto, quien ahora había vuelto.

Cuando Jesús les pregunta a sus discípulos lo que ellos piensan, Simón pronuncia su famosa confesión: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente». La palabra «Cristo», que Simón emplea aquí, es la traducción griega del término hebreo «Mesías», que significa «Ungido». En otras palabras, Pedro por fin declara abiertamente lo que antes se había intimado en el texto.

Y ahora por primera vez en la narración del Evangelio Jesús lo confirma. Es por esto que muchos eruditos ven en este pasaje un punto culminante en el Evangelio. Al mismo tiempo Jesús declara que, si Simón sabe que Jesús es el Mesías, esto no se debe a que

BOSQUEJO DE LA LECCIÓN

- I. Reconocimiento de los debates tradicionales sobre «Tú eres Pedro».
- II. Énfasis en el tema de la identidad: La identidad de Jesús.
- III. La nueva identidad de Pedro y de quién confiesa a Jesús.
- IV. Lo que implica ser fieles a esa nueva identidad.

alguien se lo haya dicho, ni siquiera a que él haya llegado a esa conclusión viendo los milagros y las enseñanzas de Jesús, sino a una revelación de «mi Padre que está en los cielos».

La historia no se queda ahí. Tan pronto como Simón declara que Jesús es el Mesías, Jesús declara que Simón es Pedro. Aquí hay un juego de palabras, pues en el griego «Pedro» es la forma masculina de «piedra». (En arameo, la lengua que se hablaba en

Palestina, es «kefá», y es por eso que en las epístolas de Pablo le vemos referirse a Pedro como «Cefas».) Sobre la base de ese juego de palabras, Jesús hace su muy discutida declaración: «Tú eres Pedro, y sobre esa piedra edificaré mi iglesia».

Como es sabido, la Iglesia Católica Romana fundamenta su doctrina sobre la primacía del Papa en esta declaración, arguyendo que los papas son los sucesores de Pedro. En respuesta, algunos evangélicos han dicho que la «piedra» a que Jesús se refiere no es Pedro, sino la confesión que Pedro mismo acaba de hacer. Lo más probable parece ser que Jesús sí estaba diciéndole a Pedro que sobre él edificaría la iglesia. No cabe duda de que tanto los Evangelios como el resto del Nuevo Testamento parece darle especial importancia a Pedro. Pero de ahí a declarar que Pedro es el solo fundamento sobre el cual descansa la iglesia, que los papas son sus únicos verdaderos sucesores, y que tanto Pedro como los papas son infalibles, hay un largo trecho. (Nótese que más adelante en el texto impreso, en el v. 23, Jesús llama a Pedro «Satanás».) Además, en otra ocasión Jesús les da a todos sus discípulos la autoridad de atar y desatar que aquí parece limitarse a Pedro. Esa autoridad de atar y desatar, así como las llaves del Reino, no han de entenderse como prerrogativa especial de Pedro, sino que es el poder que Jesús nos da a todos sus discípulos. Cuando aquí en la tierra, dando testimonio de Jesús, logramos que alguien le acepte, le desatamos de los poderes del mal y del pecado, y esa libertad se confirma en los cielos.

Al final de esta primera parte del pasaje (v. 20), vemos una vez más la insistencia de Jesús sobre el secreto mesiánico, de que hemos hablado en otra lección. Jesús les confirma a sus discípulos que Él es el Mesías, pero al mismo tiempo les ordena que no corran la voz, pues su hora aún no ha llegado.

La segunda parte del pasaje vuelve sobre un tema que ya había aparecido antes en el Evangelio, aunque de forma velada. Ahora Jesús empieza a decirles claramente a sus discípulos que las cosas no van a ser fáciles; que, aunque ellos sepan que Él es el Mesías, no va a llegar a su reino sin antes pasar por humillaciones, sufrimiento y hasta la muerte. Quienes van a causarle todo esto no son los incrédulos, ni siquiera los paganos (aunque a la postre será el Imperio Romano el que le crucificará), sino los jefes religiosos de Israel: los ancianos, los principales sacerdotes y los escribas. Luego, lo que le espera no es solamente un sufrimiento terrible, sino también el dolor de ver a los mismos líderes de su pueblo acusarle y traicionarle. Después de todo esto, añade Jesús, que resucitará al tercer día.

Al parecer la enormidad de lo que Jesús dice es tal que la promesa de su resurrección pasa casi desapercibida. Pedro, posiblemente expresando el sentir de los demás, toma a Jesús aparte y trata de disuadirlo. Ese intento por parte de Pedro muestra que al menos tenía suficiente confianza en el poder de Jesús como para pensar que, de decidirlo así, Jesús podría librarse del poder de quienes le perseguirían. A Pedro no le falta la fe. Lo que le falta es el entendimiento de por qué Jesús tiene que sufrir. Aparentemente, lo de la resurrección no le sorprende. Lo que le desagrada es que para llegar a ese punto Jesús tenga que pasar por los sufri-

VOCABULARIO BÍBLICO

CESAREA DE FILIPO: Estaba situada en la ladera suroeste del Monte Hermóns, en una especie de terraza fértil regada por un riachuelo que salía de una cueva cerca de la ciudad e iba a desembocar al Jordán. Aunque el sitio había estado habitado desde muchos siglos antes, y ya había allí una ciudad, recibió el nombre de Cesarea de Filipo poco antes de los acontecimientos que narra el pasaje que estudiamos. Cuando murió Herodes el Grande en el año 4 a.C., sus territorios se dividieron, y esta región vino a ser parte de la tetarquía de Filipo—o Felipe—, hijo de Herodes, quien la gobernó hasta su muerte en el 34 d.C. Filipo hizo embellecer la ciudad, dotándola de nuevos edificios públicos, y dándole el nombre de Cesarea de Filipo—Cesarea en honor de Tiberio César, que a la sazón gobernaba el Imperio Romano, y Filipo por sí mismo. Desde esa ciudad se gobernaba toda la región circundante, y es a esto que se refiere nuestro pasaje al decir «la región de Cesarea de Filipo».

RECOMENDACIONES EDUCATIVAS

Entre las recomendaciones educativas que pueden servir de guía para el desarrollo efectivo de la clase, están las siguientes:

- La primera parte del pasaje de hoy ha sido muy discutida en torno a la cuestión de la autoridad del papa u obispo de Roma como supuesto sucesor de Pedro. Ese no es el tema de la lección. Por tanto, aunque es necesario al menos mencionar lo que se ha debatido, trate de llevar la clase tan pronto como sea posible al tema de la identidad, primero de Jesús, luego de Pedro, y por último nuestra.

- Un modo de enfocar la discusión sobre el tema de la identidad y cómo se relaciona con el modo en que vivimos puede ser el siguiente:

Antes de la clase, prepare una colección de papelitos, cada uno con un nombre de una persona generalmente conocida. Esas personas pueden ser cantantes, artistas de televisión, atletas, políticos, u otros personajes en las noticias. Doble los papelitos, de modo que los nombres no se vean, y llévelos a la clase.

- De igual modo, prepare otra serie de papelitos, pero todos estos deben decir sencillamente: «nueva criatura en Cristo».

- En el momento apropiado, tras explicar cómo Jesús al darle un nuevo nombre a Simón le da una nueva identidad, y esa nueva identidad deberá marcar su nueva vida, reparta los primeros papelitos entre la clase. Pídale que los lean en voz baja y se imaginen cómo su vida cambiaría si en realidad ese fuera su nombre y esa su identidad. Después de unos momentos para pensar, invite a tres o cuatro personas a compartir quiénes se imaginan ser, y lo que han pensado.

- Más adelante, tras discutir cómo el seguir a Jesús implica negarse a sí mismo y tener nuevos valores y metas en la vida, reparta el segundo juego de papelitos. Pídale a todos que los lean en voz baja, y que dediquen algún tiempo a pensar sobre cómo la identidad que allí encuentran se debería manifestar en sus vidas. Invite a quienes así lo deseen a compartir sus reflexiones.

mientos que acaba de describir.

Es a esto que Jesús responde con sus fuertes palabras que ya hemos citado: «¡Quítate de delante de mí, Satanás!» y le dice a Pedro que no tiene los ojos puestos en las cosas de Dios, sino en las humanas. De ahí pasa a extender lo que ha venido diciendo acerca de sí mismo y sus propios sufrimientos. Ahora afirma que tales sufrimientos no serán solamente suyos, sino también de sus seguidores. Jesús se apresta a tomar la cruz y a morir en ella. Pedro no quiere que tal cosa acontezca. Y Jesús le responde—a él y a todos sus discípulos—que el sufrimiento no será únicamente suyo, sino también de cualquier discípulo que quiera serle fiel. Presenta una conexión entre «ganar el mundo» y «perder el alma». ¿De qué vale lo primero, si se alcanza a costa de lo segundo? Ganar el mundo es lo que Pedro le ha propuesto a Jesús. Frente a eso, Jesús llama a toda persona que quiera seguirle a tomar su cruz, a perder el mundo, y así ganar el alma.

Aplicación

Al estudiar este pasaje, es muy posible que todo lo que se ha dicho acerca de él en el debate entre católicos y protestantes nos impida ver algunas de sus dimensiones más interesantes. Lo de la relación—o falta de ella—entre Pedro y el papado se ha mencionado ya en la sección anterior, y la historia de cómo se pasó de una cosa a la otra tomaría un espacio y un tiempo de que no disponemos en esta lección.

Leamos entonces el pasaje con otros lentes. Pensemos acerca de él como un pasaje acerca de la identidad. Primero se discute la identidad de Jesús, luego la de Pedro, y por fin la de los discípulos.

El pasaje comienza con la pregunta acerca de la identidad de Jesús. Como tan a menudo sucede en la vida real, hay varias opiniones acerca de Jesús. Todas ellas ven en Él un personaje extraordinario; pero ninguna de ellas es correcta, pues se basan en lo que las gentes ven de Jesús y las conclusiones que sacan de sus milagros, sus enseñanzas y sus acciones. En medio de esa diversidad de opiniones, es Simón quien responde correctamente: «Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente».

Esa respuesta de Simón difiere de las demás, no sólo en lo que Simón dice, sino en por qué lo dice. No ha llegado a su conclusión mediante la observación, el razonamiento y el acierto—por «carne ni sangre»—sino que es Dios mismo quien se lo ha revelado.

Lo mismo es cierto hoy. No se llega a creer en Jesús porque alguien nos convence, o porque vemos un milagro, o porque escuchamos un gran sermón. La verdadera fe no es obra humana, sino que es revelación de Dios. Solamente por obra de Dios se llega a saber verdaderamente quién es este Jesús a quien la iglesia proclama. La proclamación y la aceptación son importantes, sí; pero todo eso de nada vale sin la acción del Espíritu Santo de Dios.

A la respuesta de Simón acerca de la identidad de Jesús, éste a su vez contesta con una declaración acerca de la identidad de Simón: «Tú eres Pedro». Al «tú eres» de Simón, Jesús responde con su propio «tú eres».

Esto es también lo que sucede hoy. Cuando, por obra del Espíritu Santo, le decimos a Jesús «Tú eres»—Tú eres el Mesías, Tú eres el Señor, Tú eres *mi* Señor, Tú eres el Salvador, Tú eres *mi* Salvador—Jesús responde con su propio «tú eres». Ya no somos quienes antes creímos ser. Tenemos una nueva identidad. Aunque esa identidad no se revele todavía plenamente, es esa nueva persona la que en realidad somos. El caso de Pedro es típico. No hay discípulo más voluble—y por tanto menos «roca»—que Pedro. Pedro llegará hasta a negar a Jesús, pero a la postre Jesús le hace roca, y en Hechos Pedro se destaca por la firmeza de su testimonio. (Y los historiadores concuerdan en que Pedro concluyó su vida como mártir, negán-

dose a negar al mismo Jesús a quien antes negó, pero que le hizo roca.) Esto es lo que Pablo les dice a los Colosenses: «Vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. Cuando Cristo, vuestra vida, se manifestare, entonces también vosotros seréis manifestados con él en gloria» (Col 3.3-4). Y en el Apocalipsis se nos dice que al que venciere se le dará un nuevo nombre (Ap 2.17).

De igual manera que la nueva identidad de Pedro, y la de los Colosenses, no se manifiestan de inmediato, así también nuestra nueva identidad no se manifiesta en su plenitud de inmediato, pero sí se ven los cambios. Ernesto sigue siendo Ernesto, y Juana sigue siendo Juana, pero en lo profundo de su ser ya ni Ernesto ni Juana son los mismos. Quienes les conocieron, ven un extraño cambio, y se preguntan qué habrá sucedido. Lo que ha sucedido es que Ernesto y Juana, sin cambiar de cara, de empleo o de edad, son otras personas, tienen una nueva identidad. Lo que en ellos quede de lo viejo—el mal carácter de Juana, o lo chismoso de Ernesto—es una contradicción de quienes ahora son en lo profundo de su ser. Por tanto, para ser fieles a sí mismos y a su propia identidad, Juana tendrá que domar su carácter, y Ernesto tendrá que domar la lengua.

Esos cambios de actitudes y de carácter aun no son la plenitud del cambio que tiene lugar en Ernesto y en Juana cuando Jesús les dice «tú eres...» y les da una nueva identidad. El gran cambio es lo que se refleja en la segunda parte de nuestro pasaje para hoy. Si Simón Pedro ha de ser fiel a su nueva identidad, no puede ya poner la mira en las cosas humanas, sino en las de Dios. Esto conlleva un cambio radical en los valores que sirven para ordenar y guiar la vida. Si no lo hacen, no serán ya fieles a su nueva identidad, sino que serán como Simón Pedro cuando Jesús le dijo, «¡Apártate de mí, Satanás!».

Ese cambio de valores es una cosa radical. No consiste, como a menudo pensamos, en dejar de beber o de maldecir. Tampoco consiste en que Ernesto deje los chismes, o en que Juana deje los enojos. Todo eso no es sino síntoma y señal de un cambio más radical. Es a esto que se refiere Jesús al pronunciar las palabras que nos parecen tan sencillas, pero que en su tiempo eran escandalosas: «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz, y sígame». La cruz era el instrumento preferido de tortura de los romanos. Para los judíos, ser colgado de un madero era señal de maldición. ¡Y es nada menos que a eso que Jesús llama a sus discípulos! Llevar la cruz no es cuestión de resignarse ante los males que nos vienen; es tomar aquello que el mundo desprecia y considera malo, para seguir a Jesús.

En este pasaje, Jesús dice algo parecido de otro modo, al referirse a «ganar el mundo». Ganar el mundo significa lo que muchos llaman «triunfar en la vida». Vivimos en una sociedad en la que

«triunfar en la vida» es la meta de todos. Por la televisión se nos presentan las grandes estrellas del cine, que ganan millones y millones de dólares, como los mejores modelos para la vida. Por todas partes se nos anuncia que si tuviéramos esto o aquello—un carro de tal marca, o unos zapatos de tal otra—seríamos felices. Repetidamente se nos dan testimonios de personas que triunfaron en la vida y por tanto son famosas, ricas, admiradas, temidas, imitadas, envidiadas...

Según Jesús, quien triunfa en la vida—quien gana su alma, aun a costa de perder el mundo—es el discípulo fiel que vive según su nueva identidad. Que es fiel a esa identidad, aun cuando le haga impopular. Que está dispuesto o dispuesta a sufrir dolor, incompreensión y humillación, no por falta de dignidad, sino porque tiene una dignidad más alta—la dignidad que le da su identidad, su verdadera vida escondida con Cristo en Dios.

¿Qué señales damos en nuestra vida cotidiana de que estamos dispuestos y dispuestas a perder el mundo, con tal de ser fieles a Jesús? ¿Qué señales damos de que todavía vivimos a partir de la vieja identidad, que todavía seguimos tratando de ganar el mundo, que todavía no tenemos la mira puesta en las cosas de Dios?

Resumen

- La vida cristiana no es meramente cuestión de ser persona decente, responsable, y amable. La vida cristiana es cuestión de un cambio radical. En la lección de hoy, hemos hablado de ese cambio en términos de un nuevo nombre y una nueva identidad. En Colosenses 3, Pablo dice lo mismo, aunque en términos de haber muerto con Cristo. La manera más conocida de decir esto es la imagen del nuevo nacimiento, que aparece en Juan 3.

- Lo que todas estas imágenes tienen en común es lo radicales que son. Aquí no hay medias tintas. O se nace de nuevo o se sigue viviendo como antes. O se muere o se sigue viviendo la vieja vida. Al confesar a Jesús, como lo hace Pedro, o se toma una nueva identidad y se empieza a vivir en pos de metas diferentes, o no se toma una nueva identidad y se sigue viviendo como antes—y en ese caso nuestra supuesta confesión de Jesús es falsa. Sin negarse a sí mismo y tomar la cruz, es imposible seguir a Jesús.

- Vivimos en una sociedad en la que constantemente se nos bombardea con falsas metas y se nos incita a deseos vanos. Es en esa sociedad que nuestra identidad se ha formado. Es en esa sociedad que tuvimos nuestro primer nacimiento. Es esa sociedad la que establece nuestros valores. Frente a esto, hay un llamado radical a una nueva identidad, a un nuevo nacimiento, a una nueva vida, a unas nuevas metas.

Oración

Señor Jesús, Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente. Gracias a Ti, somos hijos e hijas de ese Dios que es tu Padre. Gracias a Ti, tenemos vida nueva, y esa vida es el comienzo de la vida eterna que Tú nos das. En medio de las tentaciones y los falsos mensajes que nos rodean, ayúdanos a permanecer fieles a la nueva identidad que Tú nos das. Danos la fe y el valor necesarios para tomar la cruz y seguirte hasta donde Tú nos guíes. Amén

LECTURAS DEVOCIONALES PARA LA PRÓXIMA SEMANA

Lunes

2 Pedro 1.16-21

Miércoles

Mateo 12.22-28

Viernes

Mateo 21.1-11

Martes

Juan 1.6-13

Jueves

Mateo 20.29-34

Sábado

Hechos 3.11-16